

**El discurso
sobre lo posible**

(La democracia
y el realismo político)

Oscar Landi

El Centro de Estudios de Estado y Sociedad (CEDES)

es una entidad civil sin fines de lucro,
con sede en Buenos Aires, Argentina.

Reúne científicos sociales dedicados a la investigación
en las áreas de economía, administración pública,
ciencia política, sociología e historia.

Su sede está ubicada en
Av. Pueyrredón 310, 7º piso
1032 Buenos Aires, Argentina.

Hecho el depósito de ley

INDICE

	Fig.
PROLOGO	5
PRIMERA PARTE	13
1. El doble referente del discurso político	13
2. La eficacia del discurso	18
3. Una campaña particular	21
SEGUNDA PARTE	27
1. El país cambiado	27
2. Algunas condiciones político-culturales	28
3. Realidad y posibilidad en el discurso de Alfonsín	33
TERCERA PARTE	43
1. De las elecciones al sistema	43
2. El realismo en las lógicas de la acción social	45
3. Lo imposible del discurso	51
BIBLIOGRAFIA	53

EL DISCURSO SOBRE LO POSIBLE
(LA DEMOCRACIA Y EL REALISMO POLITICO)

Oscar Landi

Prólogo

El primer año de gobierno constitucional inaugurado con las elecciones de octubre de 1983, mostró la expansión en el discurso, el periodismo y el análisis político de la apelación al "realismo político".

La definición de la política como el "arte de lo posible" tiene larga data, sin embargo, su aceptación en el seno de las culturas políticas es cambiante y susceptible de diversos usos e interpretaciones. En la Argentina de estos días, estamos en presencia de un fenómeno verdaderamente emergente.

Virtud política, criterio de verdad, la apelación a la realidad asume una doble función. Por un lado, *interpretativa o descriptiva*. Los periódicos muestran a diario ejemplos de este uso:

"Los políticos argentinos en general —*habitantes clásicos y aburridos del exilio público*— suelen enamorarse de las teorías y despreciar los datos simples del realismo..." (Clarín).

O sí no:

"El viaje presidencial entre la esperanza y el realismo" (La Nación).

Función interpretativa que también puede proponer un cambio de perspectiva en el enfoque de algún acontecimiento:

"El ministro no hizo un vuelco hacia la derecha sino un giro hacia la realidad".

Por otro lado, nutre a diversas sentencias *prescriptivas* de lo que debe hacerse. Tomemos otros ejemplos de la prensa gráfica: "De lo que se trata es de mirar las cosas como son. No en sus "colores" sino en sus realidades. Y eso obliga a ser soberanos tomando decisiones" (Tiempo Argentino).

O también:

"Aceptar la realidad es el camino para no reeditar viejos errores" (La Razón).

Los llamados a "sincerarse", a "mirar las cosas como son" o a "enfrentar la realidad" se repiten con una frecuencia sintomática arriesgándose a producir un efecto inverso al generalmente deseado: el de dejar de ser apelaciones con la pretensión de árbitro de las polémicas y convertirse en un recurso retórico más.

Este múltiple llamado a la realidad se vincula directamente a lo que se define como posible de hacer y a lo que se concibe como imposible, como ideologización que obstruye al político la percepción de los términos en que se plantean los problemas. Imposible asociado a ópticas de cerradas subculturas o al desconocimiento de los datos empíricos, y no tanto a las utopías, ese otro tipo de "imposible".

Pareciera que las épocas de transición política, cargadas de componentes fundacionales de los regímenes políticos, producen el ascenso en el vocabulario político de una familia de nociones ligadas a las bondades de atenerse a la realidad: posible, proyecto, sentido de la oportunidad, imposible, sujeto político. Y ese atributo que poseería la acción política que se atiene a las cosas: el *realismo político*.

El país sale de un período autoritario de casi 8 años en que prevaleció la desinformación y la penuria de sentido de la vida social. Varios factores generaron el empobrecimiento del temario público de la sociedad:

a) La censura y la autocensura en los medios de comuni-

cación (particularmente los de mayor alcance, como la televisión). El férreo control de aparato educativo y la reducción de la investigación sobre el país (inexistencia o serias deficiencias de las estadísticas nacionales, destrucción de archivos y de referentes de la memoria colectiva, etc.).

b) La transferencia de temas públicos a agendas privadas de grupos de empresas, estudios de abogados y otros islotes informativos ligados en anillo a funcionarios del gobierno militar.

c) El ejercicio del secreto de estado como recurso de autonomización del poder político, generalmente defendido con argumentos asociados a la "seguridad nacional".

Mientras tanto, el país y el mundo cambiaban notablemente y la veloz evolución de la tecnología informática y en comunicaciones alteraba los términos mundiales del flujo informativo y alimentaba el crecimiento de estratégicos bancos de datos sobre el planeta entero.

Frente a la propaganda y al discurso del gobierno militar aparecieron metáforas acerca de la existencia de dos países: uno cuya imagen fabricaba el gobierno y otro, el "real", el de los datos de la crisis nacional, generalmente contenido en la "voz de los que no tienen voz".

Pero cuando el colapso del gobierno militar hizo francamente inverosímil la imagen que brindaba del país, la "realidad" no apareció "tal cual", en estado natural, brindándonos sus secretos al alcance de la mano.

Por cierto, luego de las situaciones aludidas, la *reinformación* de la sociedad es fundamental. A tal punto, que es un problema del propio gobierno constitucional que, por ejemplo, asumió sin recibir del régimen anterior el monto exacto y la composición de la deuda externa del país.

Pero no se reduce al caudal del flujo informativo, al aumento de noticias sobre la realidad. Qué se informa, cómo se combina la democratización de las comunicaciones con la gobernabilidad política de la noticia, cuáles son los lenguajes

más apropiados, son algunos de los interrogantes que se plantean en una etapa de reinformación.

El flujo informativo se asoca directamente a los conflictos por la *tematización o la destematización* de la noticia, es un país que debe definir sus prioridades, construir su agenda pública, salir de la simultaneidad, del tiempo único (y por lo tanto imposible) en que los programas preelectorales de los partidos diagnosticaban los distintos aspectos de la realidad y proponían sus recetas.

El problema no es sencillo; en la desprolijidad característica de estas transiciones no basta con la voluntad de enfrentar la realidad y conocer qué tipo de país debe reconstruir el sistema democrático. Se dan fenómenos como los de una especie de desinformación "sobreinformada", esto es, una superposición redundante de noticias o de minutos perdidos por televisión en reportajes donde no se dice nada, que llevan al receptor a retraerse o desinteresarse.

Y situaciones como la siguiente: la Comisión Bicameral del Parlamento, que investiga la compra por parte del estado de una compañía extranjera de electricidad en el período del último gobierno militar, realiza un allanamiento al estudio de un abogado que se desempeñó como funcionario en esa época. Allí incauta información secreta sobre la gestión del gobierno militar: se encuentra con lo que hace poco denominamos isotes informativos en los que se habían privatizado datos sobre temas de interés público. Además, realiza varios interrogatorios a altos funcionarios comprometidos en el asunto. Los "secretos de estado" son conocidos por los representantes del pueblo en el Parlamento.

En un segundo momento, dos periodistas se presentan ante el Congreso y devuelven una cinta grabada que contendría las declaraciones que ante la Comisión Bicameral había realizado el ministro de economía de los primeros años del gobierno militar. Con este acto toman posición sobre lo informable y lo no informable, sobre las relaciones entre la noticia y las instituciones. Un diputado les habría hecho llegar

la cinta en cuestión. El itinerario realizado durante años por estos datos es un elocuente ejemplo de la complejidad del proceso de información pública. Nada más alejado de un posible ideal tecnocrático de trayecto lineal: observación de la realidad, procesamiento, racionalidad administrativa y política pública.

Por otra parte, un mismo dato sobre la realidad se semantiza de diversas maneras, según sean las ópticas políticas y una serie de condiciones desde las que se lo recibe. Existen complicadas tramas de desciframiento y construcción de los hechos en los que intervienen las características de las identidades sociales y políticas, el o los imaginarios colectivos, la estructuración simbólica de las demandas de la sociedad, sus nociones de tiempo, espacio y oportunidad, las motivaciones de acción social y laboral de la población.

Una transición democrática en el marco de una gran crisis remite inmediatamente a la pregunta: *registro de la realidad desde y para qué tipo de sujetos sociales y políticos?*

Las preguntas sobre qué se puede esperar de la política, qué es lo que ella puede modificar o mantener, cuál es el sentido de la participación, de las relaciones entre la vida pública y la privada, se sitúan francamente en el terreno de las *culturas políticas*: de las cuales tendrán que emerger la legitimidad de los procedimientos de la democracia y la confiabilidad en la racionalidad administrativa del estado.

Es que la noción de realidad en el discurso político, como desarrollaremos, se desdobra: alude a su referente externo y también —y principalmente— a sí mismo, a la realidad posible, a generar desde el lazo intersubjetivo, el sentido de la acción que constituye cuando es exitoso*.

* Como plantea Gréimas: "Lo verosímil parece poder definirse, en una primera aproximación, como una referencia evaluante que el discurso proyecta fuera de sí mismo y que concierne a una cierta realidad o, más bien, a una cierta concepción de la realidad. La utilización de este término se sitúa entonces en un contexto social, caracterizado por determinada actitud en la consideración del lenguaje y de su relación con la

Ahora bien, hablamos de cierta pertinencia de la apelación al realismo en situaciones de transición política como la nuestra, cuando cambian los parámetros para la acción social, cuando las identidades políticas pierden sus contornos nítidos, ganan nuevos atributos, se hacen menos estructuradas, aunque el comportamiento electoral de los argentinos muestre notables constancias en cuanto al carácter mayoritario de partidos históricos como el radicalismo y el peronismo.

Pero esta situación no está generada sólo por la particularidad de una coyuntura. El país arrastra una larga crisis política, marcada por el fracaso de diversos intentos de la política de refundar la nación, tanto de gobiernos surgidos del voto como de aquellos de facto, que instauraron períodos autoritarios.

El fracaso del último gobierno militar ha dejado huellas muy particulares al respecto. Se propuso la transformación de los patrones de funcionamiento del país, la apertura de un nuevo ciclo histórico, y terminó con la guerra de las Malvinas, que contiene una significativa posibilidad metafórica: la política de las Fuerzas Armadas no sólo no pudo concretar sus proyectos de país, sino que en sus manos hasta la integración territorial fue imposible.

Y este es un punto central sobre el que nos permitimos adelantar una conjetura. La recurrencia en el fracaso de proyectos fundacionales que se plantearon desde la política fue elaborando un sentido común donde emerge nítidamente una pregunta: *¿es la Argentina un país posible?*⁹

realidad extralingüística. Es decir que el concepto de verosimilitud está necesariamente subordinado a un cierto relativismo cultural, al que está asociado, geográficamente e históricamente, a tal o cual aire cultural al que es posible de circunscribir". (Grisinas, A., 1983, p. 103).

⁹ A lo que se agrega asomarnos, luego de una larga noche, a una escena internacional donde los términos de la crisis, el privatismo y la amenaza nuclear reemplazan a las utopías, a las culturas políticas (capitalistas y socialistas) tramadas por la idea de progreso, a la acción y éticas colectivas de los años 60 y 70. Tómense a estas afirmaciones sólo desde

Posibilidad de las posibilidades, que entre otras tantas resonancias tiene una implicancia en los conflictos discursivos entre las fuerzas políticas. Para decirlo brevemente: cuando el candidato presidencial Raúl Alfonsín denunció el pacto militar-sindical que el peronismo estaría gestando durante la última campaña electoral, no invalidó al peronismo por lo que no podría hacer si triunfaba en las elecciones, sino por lo que *no* podría hacer: *el pacto era la repetición, el mantenimiento de la crisis, la Argentina como imposible*. El recurso central del discurso más exitoso, fue el de colocar al otro en el lugar de lo imposible, y sin margen para que esa imposibilidad pudiera ser entendida con el atractivo de las utopías. En este caso, no importa tanto si el pacto existió o no —cuestión sobre la que opinaremos más adelante— sino del funcionamiento discursivo de la denuncia del actual Presidente y de las condiciones culturales que permitieron ese efecto de verosimilitud.

En este trabajo enfocaremos el tema del "realismo político" desde el punto de vista de las operaciones discursivas que construyen ciertas nociones de la realidad, de lo imposible y de lo posible en política.

El escrito consta de tres partes de diferentes características. En la primera formularemos algunas premisas teóricas que hacen a las relaciones entre los recursos de la pragmática lingüística y los del análisis de la constitución de los sujetos políticos, particularmente en lo que hace a la especificidad de las funciones referenciales en el discurso político.

En el segundo tramo presentaremos el problema del realismo tomando como material de análisis la última campaña electoral en la Argentina. No se trata de un análisis global de la campaña, ni siquiera de la complejidad de las estrategias discursivas de los principales candidatos a presidente. El foco de análisis está circunscripto a nuestro tema.

el punto de vista descriptivo, la valoración de la lógica del comportamiento social nos introduciría en otro tipo de análisis; particularmente de la cuestión de la democracia y sus procedimientos institucionales en las culturas políticas de esos años en la Argentina.

En la tercera parte, cambiamos el nivel de análisis e intentaremos algunas reflexiones sobre las operaciones discursivas de presentación de la realidad y de lo posible en la transición democrática, bajo la forma de tema de la teoría política.

Buenos Aires, diciembre de 1984.

PRIMERA PARTE

1. El doble referente del discurso político

Una primera aproximación al tema de la construcción de la realidad en el discurso político nos remite a la tradición representativa del lenguaje. La realidad aludirá en este caso el referente externo, a las cosas designadas mediante las palabras, precisamente, representadas en el discurso.

El discurso político construye entonces su verosimilitud como una narración de segundo grado que se asemeja al discurso fundado en el conocimiento de la realidad. Datos, estadísticas, relatos de acontecimientos y la introducción de otras voces autorizadas mediante citas, buscarán un efecto de transparencia: la realidad tal cual es en la palabra del político, sus verdades.

Pero desde hace tiempo la pragmática lingüística ha estudiado a los "...enunciados que, gramaticalmente, parecen afirmaciones, pero que no "describen", ni "informan", ni representan" ningún hecho, y no son ni verdaderos ni falsos, aunque sean perfectamente correctos. Su característica fundamental consiste en que su enunciación equivale a la realización de un acto" (Recanatí, F., 1982, p. 84).

Asociada inauguralmente al nombre de John L. Austin, la pragmática partió del estudio de los enunciados performativos, aquellos cuya enunciación constituye la realización de una acción: prometer, ordenar, afirmar, jurar, etc.

Su examen demuestra que todo enunciado tiene una dimensión representativa o constativa y una performativa o realizativa. El enunciado constativo "el país vive la peor crisis de su historia" es susceptible de ser parafraseado, por ejemplo,

mediante el realizativo: "afirmo que el país vive la peor crisis de su historia". Y el verbo afirmar indica una acción que se realiza en el mismo acto de su enunciación.

Austin formuló el concepto de "fuerza ilocutoria" para designar la capacidad de un enunciado para constituirse en un acto de habla. Desde esta perspectiva, el sentido de un enunciado no está constituido sólo por su posible representación de la realidad, sino también por el acto de su enunciación, que pone en relación a los interlocutores. El sentido de un enunciado no es independiente del ingrediente que aporta su enunciación, no se agota en describir un estado de cosas.

No es lo mismo decir "vivimos en medio de una crisis moral" que "terminaremos con la crisis moral en medio de la que vivimos". La promesa implícita en el segundo caso modifica el sentido de la referencia a la crisis moral contenida en el primer enunciado.

Ahora bien, que un realizativo, por ejemplo una orden o una promesa, se constituya como tal y no sea palabra vacía, depende de una serie de condiciones extradiscursivas (por ejemplo, posiciones de poder que hacen verosímil su cumplimiento), intradiscursivas y culturales (por ejemplo, que se suponga que las promesas deben cumplirse).

Pierre Bourdieu critica a Austin y a los lingüistas de la corriente pragmática, atribuyéndoles la creencia en que la fuerza ilocutoria de un enunciado está en la palabra misma. Dejando de lado por un momento si esto es efectivamente así, digamos que Bourdieu afirma que el poder de un enunciado reside, en realidad, en las condiciones institucionales de su producción y de su reproducción. La especificidad de un discurso de autoridad, que por ejemplo formula una orden —caso de enunciado ilocutorio— depende del reconocimiento social de la posición de autoridad de quien lo emite (Bourdieu, P. 1982).

El argumento, llama la atención sobre algo decisivo, pero los filósofos del lenguaje admitieron que el valor ilocutorio de un enunciado depende de una serie de condiciones externas al lenguaje, que Austin llamó "condiciones de felicidad". Y

si bien su teoría implícita de la sociedad le impedía concebir correctamente los procesos de formación del poder en los que se enuncia, tampoco es satisfactorio concebir a las posiciones de autoridad como algo dado, que se reproduce de por sí, sin indagar *la dimensión propiamente discursiva en las que se libran los conflictos por legitimar las posiciones de autoridad en tanto posiciones simbólicas, intersubjetivas.*

Una de las vías más fructíferas de crítica y desarrollo de la teoría de los actos de habla es la que se interna por dentro de las modificaciones intersubjetivas que supone un enunciado realizativo exitoso. Austin, desde una óptica positivista del comportamiento social, llegó a enunciar la dimensión perlocutoria de los realizativos: aquella señalada en los efectos producidos por una orden, una pregunta, etc. en el destinatario del enunciado. Pero, como señala Oswald Ducrot, los efectos de comportamiento de un realizativo no nos dice nada de la naturaleza del vínculo intersubjetivo entablado por los interlocutores.

Para este autor, un acto ilocutorio contiene la pretensión de la creación de derechos y obligaciones entre los interlocutores, esto es, de operar una *transformación jurídica* entre ambos (O. Ducrot, 1982, p. 250).

Esta noción contractual de los actos de lenguaje introduce la idea de obligación, explícita en un realizativo del tipo: "Yo juro" o más indirecta como las responsabilidades que pueden contraerse en un momento dado con un "yo afirmo que...".

Ducrot diferencia, entonces, dos ubicaciones frente a un enunciado: la del *destinatario* (aquel a quien se habla, a quien se propone el contrato ilocutorio) y la del *auditor* (aquel ante quien se habla).

Para el análisis del discurso político, *la dimensión contractual que un enunciado ilocutorio instaura entre los interlocutores, remite a su constitución mutua, a la definición de los atributos de sus identidades, a las posicionalidades simbólicas de poder que ocupan.*

La perspectiva contractual concibe al lenguaje más bien como juego en el que se instauran reglas sostenidas institucional y culturalmente. Y no como un código mediante el cual el emisor y el receptor se intercambian información o mensajes, proceso más propios de los lenguajes artificiales¹.

La enunciación, la modalidad en que el hablante se relaciona con los mensajes que está emitiendo, nos sitúa en el campo de los conflictos por la producción del sentido, que estructura, en términos siempre históricos, relativos e inestables, las relaciones intersubjetivas entre los hombres y los sectores sociales.

Los enunciados no representan la realidad como si los signos tuvieran una transparencia que nos situara frente a las cosas mismas; y en el caso de los realizativos nos encontramos además con que remiten a la acción de enunciar, a las pretensiones del enunciador y a las posibilidades de respuesta del destinatario. Son enunciados *reflexivos*.

Pero el contrato sería imposible en una relación dual, cerrada, entre el enunciador y el destinatario. Cuando nos referimos a los juegos de lenguaje como conjunto de relaciones arbitrarias, sostenidas únicamente por la autoridad de una institución, estamos haciendo referencia a un *tercer elemento*, el polo institucional que permite las relaciones de interlocución: el régimen político, la iglesia, las Fuerzas Armadas, las corporaciones empresarias y sindicales, etc.

Sin la mediación de un tercer elemento, que será específico en cada formación sociopolítica, la relación entre los inter-

¹ L. Wittgenstein abogó en sus últimas obras por el examen de las formas con que los hablantes usan las palabras y las expresiones. Contra las pretensiones de formalización del lenguaje del ideal positivista este filósofo rescató el valor del empleo ordinario del lenguaje natural e introdujo la noción de "juego de lenguaje" para designar el conjunto del lenguaje y las acciones que lo acompañan. La noción de juego se aproxima a la de intercambio. Como plantea Ducrot: en el juego se instauran entre los interlocutores ciertas relaciones originales, arbitrarias y garantizadas exclusivamente por la autoridad de una institución (Wittgenstein, I., 1976).

locutores estaría condenada a oscilar entre la fusión o la desconexión total entre ellos.

Esto es de gran importancia para poder concebir cómo un sistema institucional funciona en la constitución de la intersubjetividad, explícitamente en períodos fundacionales o de riesgo para el sistema (la verbalización de las reglas democráticas) o más implícitamente, de forma más connotada en sistema estables y legitimados.

Y viceversa, también para concebir cómo la trama intersubjetiva presente en las relaciones sociales, el sentido de la acción, puede facilitar u obstruir el funcionamiento de los sistemas. Volveremos sobre este aspecto.

Un discurso político que nos habla de la realidad de un país contiene una *doble reflexibilidad*: por un lado, en cuanto es un enunciado cuyo sentido se define por la posicionalidad que frente a él tienen los interlocutores. Por el otro, porque las relaciones entre éstos se sostienen por reglas que definen un orden o varios órdenes institucionales que los vinculan².

Estamos lejos ya de la aproximación representativa al problema de cómo se construye cierta idea de la realidad en el discurso político. Y también en condiciones de señalar un atributo decisivo que tienen los actos de habla en relación al tema que nos ocupa.

En efecto, un enunciado cuya enunciación supone la realización de una acción se refiere a una realidad que el mismo instituye. Como plantea Benveniste: "El acto se identifica pues con el enunciado del acto. El significado es idéntico al refe-

² Louis Quéré denomina como garantía metasociales a este tercer elemento que permite el juego intersubjetivo entre los individuos. Y lo asocia a una metáfora de Wittgenstein, que decía que cada forma de vida socio-cultural cuenta con un repertorio de reglas que funcionan como bisagras que permiten la acción comunicativa entre los hombres. Cuando estas bisagras se debilitan o descentran todo el sistema socio-cultural vacía. (Quéré, Louis, 1982, p. 40 y p. 193). Agreguemos que la ausencia de tematización de este tercer elemento es una de las fallas de gran parte de la sociología fenomenológica, que desde hace décadas se preocupa por los procesos intersubjetivos y culturales de la vida social.

rente (...) El enunciado que se toma a sí mismo por referencia es por ciento sui-referencial" (Benveniste, E., 1978, p. 194).

El acto de prometer de un político tiene entonces una *doble referencia*: la concerniente a la "realidad" sobre la que se promete algo y la de la acción de prometer que instaura una situación intencional nueva.

Y así como en la representación de la realidad "tal cual es", el discurso político constituye una narración regulada por la búsqueda de la *verosimilitud*, cuando la referencia es su propio acto de habla es decisiva la producción de la *confiabilidad*.

El carácter autorreferente del discurso político y las relaciones de confiabilidad de las que se alimenta frecuentemente, hacen que las referencias a la "realidad" que contiene adquieren más valor por la posición de saber en que el político se coloca frente al auditorio, que por lo que específicamente está diciendo sobre la "realidad nacional".

Por todas estas consideraciones, lo que definirá para nosotros el carácter político de un discurso, no será solamente, ni siquiera prioritariamente, el hecho que "hable de política" (criterio semántico), sino el que realiza ciertos tipos de *actos* transformadores de relaciones intersubjetivas (criterio sintáctico y/o pragmático): él otorga un lugar a los sujetos "autorizados" (con "derecho a la palabra"), instaura "deberes", construye las "esperas", genera la "confianza" (Landowski, E. 1982, p. 3).

2. La eficacia del discurso

Ahora bien, antes de pasar a presentar nuestro caso, la campaña electoral argentina de 1983, cabe aclarar las limitaciones y las posibilidades que ofrece el análisis del discurso político. La eficacia de un discurso depende de las relaciones que guarda con una serie de condiciones o restricciones extra e intradiscursivas presentes en la situación en la que se enun-

cia. Habermas habla de la necesidad de obtener una situación de "competencia comunicativa" entre el enunciador y el destinatario del discurso (Habermas, J., 1973; 1982). Esta noción no se circunscribe a la necesidad de que el emisor y el receptor poseen el mismo código; más bien, la constitución exitosa de lo que venimos exponiendo en términos de juego de lenguaje alude a una serie heterogénea de condiciones: cierta inteligencia recíproca entre el político y su escucha, una mínima posesión común de conocimientos, la confianza mutua, la conveniencia de la relación interpersonal, cierta sintonía en lo que Boudieu llama el "sentido práctico", la intuición de la oportunidad, cierta posicionalidad de enunciación y de recepción o reconocimiento de los discursos.

20. Cuando se analiza un discurso político, generalmente se trata de explicitar su capacidad o potencial significativo. Concientemente o no el analista del discurso político se sitúa frente al material discursivo desde el ángulo de la intencionalidad ilocutoria de quien lo emitió, esto es, de la que se suele denominar como estrategia discursiva.

Pero la eficacia ilocutoria demanda una serie de condiciones en el polo de la recepción (término insatisfactorio, heredado de las teorías de la comunicación), que se revela como un proceso activo, productivo, complejo. Incluso si partimos de una teoría comunicacional centrada en un análisis de los códigos, se puede demostrar cómo en la sociedad se establecen fuertes conflictos por los principios o problemáticas que definen el sentido de los enunciados singulares. En todo caso, la sociedad se revela como una pluralidad de códigos que guardan diversas y conflictivas relaciones entre sí.

También se pueden distinguir diversas funciones de los enunciados, que no suelen ser las mismas para el emisor y para el receptor. Por ejemplo, la palabra de un líder político puede ser analizada en su función expresiva desde el ángulo del emisor, e internarnos en los laberintos de las estrategias discursivas. Pero desde el ángulo del receptor ese discurso puede cumplir una función de contacto o fáctica: sentirse parte de

un nosotros, reconocerse en la palabra del dirigente, antes que ser capturado por las particularidades temáticas que el político despliega en tal circunstancia³.

Y si optamos por un enfoque que concibe la competencia comunicativa en términos de juegos de lenguaje, la capacidad del emisor se relativiza en las formas contractuales e históricas que sostienen, como hemos visto, a los enunciados realizativos exitosos⁴.

El análisis y la crítica literaria que ha desarrollado diversas teorías de la lectura nos brinda una serie de nociones que, desde diferentes enfoques, tienen el rasgo común de intentar conceptualizar lo que comúnmente se denomina la lectura o la recepción de un texto. Umberto Eco habla de la necesaria "cooperación textual" entre el autor y el lector. Hans Jaus distingue entre el "horizonte de expectativas" o código primario, que posee el autor y el "horizonte de experiencia" o código secundario que pone en funcionamiento el lector, y es la relación entre horizontes el que permanentemente recrea el sentido de la obra.

Por su parte Greimas plantea que: "...el discurso es ese frágil lugar en el que se inscriben y se leen la verdad y la falsedad, la mentira y el secreto; sus modos de veredicción resultan de la doble contribución del enunciadador y del enunciatario, sus diferentes posiciones no se fijan sino sobre un equilibrio

³ Una reciente investigación historiográfica sobre el 17 de octubre de 1945 en la Argentina, basada en el testimonio de protagonistas de la movilización popular de ese día, da como una de las constantes en las respuestas de los entrevistados, una nítida reconstrucción del discurso de Perón en esa jornada en términos de contacto fáctico, de recuento con el líder y en ningún caso se hace mención a los distintos elementos del discurso. Es como si no se hubieran escuchado u olvidado totalmente (Cicerchia, R., 1984).

⁴ "Con Wittgenstein se abre la perspectiva teórica de una pragmática alternativa a la lingüística funcional: en lugar de "funciones" del lenguaje (referencial, expresiva, etc.) se hace posible discriminar tipos de actividad discursiva y, con ellos, formas específicas de modificación de las relaciones humanas en y por el lenguaje". (Lorano, Peña-Marín, abril, 1982).

más o menos estable proveniente de un acuerdo implícito entre los dos actuantes de la estructura de la comunicación. Es este entendimiento tácito el que es designado con el nombre de *contrato de veredictión*" (Greimas, 1983, p. 105).

Para acentuar más este aspecto cabe recordar que hay otras formas de significación como la imagen, el símbolo, el mismo silencio que, en ciertas circunstancias, suelen adquirir una capacidad significativa más nítida, evidente y condensada que muchas palabras pronunciadas desde la tribuna política.

Sin embargo, también cabe decir a favor del discurso que las diversas alternativas interpretativas de un discurso reflejan un margen de indeterminación que nunca es infinito, que varía dentro de ciertas restricciones históricas y culturales. Y que como plantea Greimas: "Esta resistencia del texto a ciertas variaciones ideológicas contextuales y no a otras no tienen explicación si no se acepta que el texto mismo posee sus propias marcas de isotopías de lectura (y, para el caso que aquí nos preocupa, sus *marcas de veredictión*) que le limitan sus posibilidades" (Greimas, 1983, p. 106). Por otra parte, el símbolo, la imagen, el gesto se sostienen por último en la ayuda de las palabras, su sentido es tal en la medida que se asocia de una manera u otra, tarde o temprano, al lenguaje.

3. Una campaña particular

Desde un punto de vista histórico específico, las conjeturas que realizaremos sobre el discurso electoral se justifican por una serie de razones.

En primer lugar, la campaña electoral se realizó luego de una etapa de larga veda política, en que operó la censura y la palabra de los partidos ocupó un lugar marginal respecto de la escena pública oficial (situación de la que no fueron ajenas las propias limitaciones del discurso político, dominado por la inercia temática y la desorientación defensiva en más de un caso). La constelación de grupos políticos que dialogó con el

gobierno militar ejerció un lenguaje cuyo destinatario eran las propias cúpulas políticas que negociaban con el gobierno, quedando la opinión pública en una posición de lejana oyente. El lenguaje oficial se construía con la ausencia de las interpellaciones a través de las cuales la mayoría de la población se identificaba y reconocía entre sí. Aquellas adquiridas históricamente en términos de derechos sociales y de ciudadanía política: el radical, el peronista, el socialista, el miembro de tal o cual partido o sindicato eran nombrados en el discurso oficial sin esos atributos, transfigurados en el perfil del "habitante" o del "hombre del mercado", impulsado por la política cultural del Ministerio de Economía neoliberal. Este vaciamiento de la palabra política se combinaba con cierto desarrollo de algo así como lenguajes defensivos de la población: las alusiones indirectas y la significación entre líneas del comentario político de un diario, ciertas creaciones de la música, el teatro y otras formas de expresión artísticas que metafóricamente temas expulsados de la vida pública y cuidaron de la memoria popular, los circuitos informales de comunicación, la conversación personal.

Cuando se precipitó el colapso del gobierno militar, luego de la guerra de las Malvinas, la palabra política, en su franca reaparición, fue ocupando un espacio privilegiado, fue un punto de cruce donde las otras formas de significación social de la etapa anterior explicitaron, potenciaron, realimentaron su capacidad expresiva.

En segundo lugar, el tipo específico de crisis del gobierno militar, que analizaremos más adelante, favoreció a una particular situación de enunciación de la palabra política: el acto partidario. Las relaciones entre el orador y el auditorio fue la forma privilegiada de comunicación política.

Un cálculo aproximado de la cantidad de asistentes a actos políticos durante la campaña arroja la cifra de 5.000.000 de asistentes (obviamente, con la posibilidad de que en esta cifra una misma persona esté contada varias veces).

Luego de varios años con débiles referentes partidarios,

la afiliación a los partidos y los asistentes a sus actos se convirtieron en indicadores importantes acerca de las posibles relaciones de fuerzas electorales. Este dato tenía una importancia en la conformación final de estas relaciones de fuerzas, dada la inclinación de un sector del electorado a votar por la mayoría, con la intención de fortalecer al futuro gobierno constitucional.

La televisión hizo que la cifra de espectadores de los actos fuese inmensa, pero no les restó público de manera significativa. Es más, los medios estimularon la asistencia a los actos mostrando a los partidarios y simpatizantes de cada partido la convocatoria creciente de sus adversarios⁵.

La relación entre los actos y los medios de comunicación fue más compleja en lo referido a la combinación de formas de significación: imagen, discurso, palabra escrita, gestos.

Por un lado, un medio como la televisión funcionaba como un canal de transmisión de diversos actos ilocutorios contenidos en los discursos: "Me comprometo...", "Afirmo que...", "Juro...". Y en este sentido, como ya hemos señalado, fueron algo distinto a un simple medio de transmisión de mensajes codificados desde un emisor hacia un receptor. Por otro lado, imponía las reglas de sus propios lenguajes a los candidatos. Creándose una red compleja de formas de significación: "...hay cosas que la televisión no puede hacer, y otras en las que necesita el *fiador* de la gráfica, porque la televisión es un fluir de imágenes que se anulan unas a otras; los políticos lo saben, o lo intuyen. Alfonsín se valió de avisos en diarios, principalmente, y de afiches en las calles para lograr esa aproximación racional a los indecisos, sobre todo, que aconsejaban las encuestas" (Borrini, A., 1984, p. 88).

La imagen televisiva, sin embargo, pudo producir un efecto de verosimilitud al discurso del candidato Raúl Alfonsín al

⁵ Este rol complementario de la televisión quedaba evidenciado cuando los concurrentes a los actos, estimulados por lo que consideraban una alta asistencia de gente coreaba al escribirlo: "Y ya lo ve, y ya lo ve, es para XX que lo mira por tele", siendo XX alguno de los dirigentes de los otros partidos.

mostrar, con la transparencia de la imagen, lo que pasaba en el palco del Partido Justicialista en su acto de cierre. Volvemos sobre este episodio.

A diferencia de las características de la propaganda en las elecciones de 1973, en esta oportunidad la competencia comunicativa obtenida por el candidato ganador de las elecciones contó con la aplicación sostenida de nuevos recursos. Cabe señalar entre ellos dos elementos de importancia. Sistemáticas encuestas de opinión, matizadas, complejas fueron un ingrediente fundamental de las estrategias discursivas en lo referido a cómo se podía concebir a su virtual destinatario. En este caso la imagen posible de los oyentes y los destinatarios de los discursos no quedó librada sólo a la intuición del orador. Las encuestas de opinión brindaron informaciones de peso para la definición de temáticas, énfasis y silencios del discurso que recibió el mayor caudal de votos.

Por otra parte, el papel de la televisión fue fundamental en el sentido que facilitó la penetración de la palabra política a *distancia*, sorteando otros canales más directos y próximos de comunicación política⁴.

Cabe agregar, a favor de la capacidad de los discursos políticos en aquella oportunidad, que la campaña *decidió votos* en una cantidad significativa.

Las afiliaciones a los partidos al 30 de marzo de 1984 daba una clara ventaja al peronismo, que había logrado afiliar aproximadamente 3 millones de personas, mientras que el radicalismo estaba alrededor del 1,5 millón.

⁴ No disimulando la intención de propagandear la propaganda, A. Borrini afirma que "Por primera vez la televisión triunfó con un candidato, en la Argentina; atrás quedaron, quizá para siempre el Waterloo electrónico de la Nueva Fuerza, y la casi abstención televisiva del Frejuli, que en 1973 consiguió ganar con sólo repetir el nombre de Perón en afiches y pintadas callejeras. Después del 30 de octubre de 1983 ya nadie podrá dar la espalda a la televisión en una contienda electoral" (Borrini, A., 1984, p. 94).

Las encuestas iniciales reflejaban el peso de los que tenían una definida identidad partidaria, quedando un número importante de gente en la categoría de los indecisos, caracterizados por la desconfianza en la política. Aunque ya se contaba con un dato relevante: a pesar que había más definiciones a favor del peronismo como partido, Alfonsín y otros hombres del radicalismo cosechaban más apoyos que los dirigentes del peronismo, individualmente considerados.

Los indecisos constituyen una categoría bastante heterogénea, e induce a cierto error porque forman parte de ella no sólo los que dudan por quién votar, sino también los que finalmente no votan, que el 30 de octubre de 1983 constituyeron el 15 % del padrón, aproximadamente. De todos modos, el porcentaje de indecisos fue alto hasta el último momento.

Desde un punto de vista más profundo, histórico, cabe señalar que en estas elecciones, por primera vez desde 1946, el peronismo fue derrotado en elecciones sin proscripciones, quebrándose en alguna medida la homogeneidad de comportamiento electoral de los sectores populares⁷.

Esta novedad histórica se refleja en las siguientes cifras:

	1983	1973
UCR	51,74 %	21,29 %
Peronismo (FREJULI)	40,15 %	49,5 %

El porcentaje del radicalismo refleja una convergencia compuesta por un núcleo de votos propios, nuevos sectores que inclinan por él su voto (no olvidemos que había un 40 % del padrón que votaba por primera vez) y afluentes provenientes de votos de izquierda, del peronismo y del liberalismo de centro derecha de los años 70. En esta convergencia, el apoyo

⁷ Edgardo Carterberg, comparando las elecciones de 1983 con las de 1973, plantea que la fractura de la homogeneidad electoral de los sectores populares responde o indica la diferenciación entre un sector bajo, estructurado, integrado al sistema productivo y uno bajo, no estructurado. El radicalismo habría hecho pie en el primero de ellos.

táctico al radicalismo para derrotar al peronismo fue significativo en la franja liberal del electorado.

A tal punto el resultado electoral fue una novedad, que las encuestas registraban un dato singular: las preguntas sobre la preferencia del entrevistado daba como ganador al radicalismo, pero cuando se trataba de dar una opinión sobre qué partido ganaría, el mismo entrevistado opinaba que lo haría el peronismo.

SEGUNDA PARTE

1. El país cambiado

Se comprenderá que hablar de las condiciones que hacían a la competencia comunicativa en la campaña del 83 no remite sólo a datos circunstanciales. Estas coyunturas, precedidas por años de cambios sin palabras, nos enfrenta a algo así como los datos de un país secreto, subterráneo.

Estas alteraciones abren un campo de posibilidades y de restricciones al discurso político, que, por su parte, no viene sólo a "ponerle palabras" a lo que ya existe en la trama de relaciones sociales (lo que lo circunscribiría a sus funciones expresivas), sino que produce relaciones de sentido nuevas, constituyentes de las culturas políticas y de los ejes políticos de individuación de la población.

Por cierto, no se trata de hacer una lista de procesos y circunstancias en las que desarrolló la campaña electoral, sino de identificar los elementos más pertinentes, que más tienen que ver con lo que ha pasado intradiscursivamente. Pero los cambios en el país desde 1976, han afectado significativamente hasta las mismas condiciones sociales de la lucha política y discursiva.

En grandes trazos podemos señalar, entonces:

a) la reducción de la industria manufacturera, con el achicamiento de la clase obrera (con base 100 en 1970, el indicador del año 1981 para los obreros ocupados en la industria era 77,1, cifras del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos). Esto se liga con una mayor diferenciación interna del sector obrero, dispersión salarial y doble trabajo. Serie deterioro de la pequeña y mediana empresa industrial y diver-

sos entrelazamientos de grupos empresarios con el sector financiero.

b) cierto crecimiento del trabajo por cuenta propia.

c) crecimiento del sector de la población que se halla en una situación definida técnicamente como de pobreza extrema. Un reciente informe del INDEC, elaborado con los datos del censo de población de 1980, nos dice que el 22,3 % de hogares encuestados presenta una o más necesidades básicas insatisfechas, considerando por tales a una serie de indicadores concernientes a: hacinamiento, vivienda, sanidad, asistencia a la escuela y capacidad de subsistencia.

d) crisis de las economías regionales y diversos fenómenos en estudio como: la reducción de la ganadería a favor de la agricultura, el crecimiento de contratistas, etc.

e) la alteración en la localización espacial de la población, como por ejemplo produjo la erradicación de Villas de Emergencia de la Capital Federal.

Este mapa nos indica cambios en la formación social argentina que deben haber afectado, sin duda, los patrones de socialización de los agentes económicos y las culturas laborales, sus motivaciones y expectativas de movilidad⁸.

2. Algunas condiciones político-culturales

La escena de la tribuna partidaria, los mensajes por televisión, la palabra escrita en la prensa gráfica, se situaban dentro de coordenadas mayores, que definían cierta topología de la acción política. Particularmente, quisieramos hacer referencia a dos aspectos que consideramos de importancia en tal sentido:

⁸ Rara mezcla de modernización y decadencia, la sociedad argentina muestra las marcas cruzadas de los efectos deseados y no deseados de diversos proyectos que pasan por el estado; elementos yuxtapuestos que son las huellas de la inestabilidad política de las últimas décadas.

a) El colapso del gobierno militar instaurado en 1976 se produjo más por fallas de sus propios rendimientos, que como producto de grandes movilizaciones opositoras, fuertes partidos políticos y culturas alternativas que en su seno lo hubieran desgastado. No hubo nada parecido al Cordobazo de 1969.

Por cierto, desde sus primeros tramos (los más represivos), se dieron huelgas parciales, se mantuvo cierta actividad política (aunque a veces reducida a actividades de sobrevivencia) y tuvieron lugar diversas manifestaciones defensivas de la cultura popular. Es más, el gobierno nunca pudo pasar a formar un activo movimiento de apoyo entre la población (tema sobre el que, por otra parte, no había en su seno uniformidad de opiniones).

Sin embargo, pesaron más en sus fallas de rendimiento factores como su "esquema de poder", su complicada lógica decisoria, en la que la feudalización y fragmentación del estado entre las diversas armas, trabó la política pública y le quitó sentido de la oportunidad y reflejos para la posible cooptación de un segmento de la dirigencia civil.

También su política económica, que se propuso un programa de transformaciones de largo plazo cuyos componentes principales fueron la apertura de la economía y la liberalización del mercado de capitales, pero que asumió un sesgo especulativo, mostrando una seria falla de gobernabilidad respecto a los comportamientos microeconómicos del sector empresarial y franjas de la clase media.

Y su fracaso más trágico e irreversible: la guerra de las Malvinas.

Fue una caída "de arriba a abajo" que arrastró a diversas vertientes de la derecha argentina y que hizo que la reaparición de la escena política se produjera directamente en función de la situación electoral.

Estas circunstancias fueron muy importantes para facilitar las formas de comunicación política de las que venimos hablando: el acto público y el efecto de distancia de los medios, que

no permitía la mantención de clientelas cautivas de determinadas ofertas discursivas locales.

b) Las elecciones suponían un cambio de régimen político y no de un gobierno en el marco de un régimen preexistente. *La democracia no era un sistema funcionando sino una demanda.* Este era el nudo político central que estructuraba la voluntad política y las ideas de lo posible y lo necesario. Quedaban en un plano muy distante las restricciones que impone considerar a la democracia como un sistema en funcionamiento, con sus exigencias de autogobierno; restricciones estas que estaban más presentes en el comportamiento y en los discursos de la fuerza considerada por la mayoría como la que iba a ganar: el peronismo.

Al mismo tiempo, en esa compleja zona que podemos denominar como la de la cultura y el sentido común político, había dos ingredientes que deben haber tenido su peso en las formas de reconocimiento o recepción de los discursos:

a) el sentimiento de violación, de transgresión de las reglas por parte del gobierno militar en la sociedad con la consiguiente *revalorización de los procedimientos institucionales* como formas aptas para la inclusión de la sociedad en las decisiones públicas⁹.

b) Sin embargo la transgresión de la regla institucional y los problemas de gobernabilidad del país, se extendían hasta un pasado más lejano a 1976.

La forma de debilitamiento y caída del gobierno constitucional peronista en 1976, la opción entre caos y orden que propuso en su propaganda y discurso el gobierno militar, el silencio del movimiento peronista sobre su pasado inmediato, la reaparición de un pensamiento liberal que asoció la crisis de 1976 a los gérmenes de caos que el peronismo contendría

⁹ Un detalle ilustrativo al respecto: en algunas encuestas preelectorales se preguntó acerca del tipo de profesional más apto para dirigir el gobierno, las respuestas dieron como mítico ganador a la figura del abogado.

desde la década del 40, todos estos elementos *situaron a la interpretación del pasado en un lugar estratégico del discurso político*. Dado que, como desarrollaremos, la temática de la repetición del pasado fue muy importante en la polémica electoral, nos permitiremos extendernos un tanto al respecto.

La Argentina no presenta, en su corta historia como país, civilizaciones anteriores a la conquista española que hubiesen poseído una consistencia como la inca o la azteca (por no referirnos a obvios ejemplos de la historia europea). Territorio de amplias zonas vacías, el Estado debió, incluso, traer parte de la población para llenarlos. Sus espacios institucionales, por otra parte, muestran una larga crisis política, que señala la incapacidad de sucesivos regímenes políticos para constituirse en la mediación general reconocida por la sociedad.

Por ello, las referencias al pasado que encontramos en los discursos no son meros recuerdos de acontecimientos, ingredientes de los rituales y las simbologías de las corrientes políticas. Son algo más denso, algo que podríamos expresar en la siguiente conjetura: las operaciones discursivas presentes en la política argentina tienen como uno de sus objetivos principales la conquista de un conjunto mínimo de referentes que sean vividos por la población como su pasado común. Cabe realizar algunas aclaraciones al respecto.

La construcción de una visión del pasado que sea verosímil y con capacidad de generar identidades políticas, siempre es producto de conflictos entre concepciones y posicionamientos políticos diferentes. No existe, sino como meta virtual y nunca alcanzada, algo así como una visión totalmente compartida del pasado. Por otra parte, no sólo hay diversas versiones de los hechos, sino diferentes memorias grupales, étnicas, sub-culturales, barriales, corporativas.

Cuando nos referimos al pasado común, hablamos de la posibilidad de concebir a las inevitables diferencias sobre el pasado no como antagonismos "ontológicos": civilización-barbarie; patria-antipatria; incluso entre diferentes "patrias". Hablamos de definidas y firmes tomas de partido pero en el

espacio común, continente de las diferencias, en las que el otro, adversario y distinto, no sea situado inexorablemente fuera del "nosotros".

La Argentina tiene un pasado no metabolizado por el presente. Los recuerdos políticos están siempre articulados al combate abierto por la memoria común que pueda definir las identidades básicas nacionales. Por ello prevalecen antinomias del pasado y gran parte de la historiografía construye proliferas genealogías del bien y del mal con su galería de malvados y de intocables. Vayamos a la puntualización de algunos síntomas del bloque político cultural que esto produce:

1) La escuela formal del país transmite un discurso histórico que se mantiene por inercia, por lo menos, desde 1910. Y la fecha más reciente a la que se llega en los programas de estudio, sobre todo en la primaria y en la secundaria, se acerca a 1920, más o menos.

2) La destrucción de documentos históricos y de archivos se acentuó en los últimos años; consumándose a veces por motivos políticos, a veces por simple desidia y abandono.

3) Desde 1811 hasta la actualidad se han decretado nada menos que 27 amnistías políticas, incluida la (auto) amnistía que el Proceso otorgó en 1983 a las Fuerzas Armadas y de seguridad.

La palabra amnistía deriva del griego *amnesia*, carencia de memoria o, más sencillamente, olvido. Toda ley de amnistía supone un "olvido voluntario": suprime la pena y también lo punible de la acción delictiva. La amnistía, para ser legítima, supone un pacto de reconciliación nacional, un acto de reconocimiento mutuo que por cierto no ha sucedido 27 veces en 172 años.

4) Las mutuas frustraciones políticas hicieron que las referencias al pasado del discurso político se agotaran en sucesivas operaciones sobre la memoria del otro, cuyo efecto principal fue la producción de determinados olvidos. Indigestión de pasado que explica el éxito de la afirmación "los argentinos

tenemos poca memoria", cuando, en realidad, estamos todo el tiempo discutiendo en el terreno del recuerdo.

5) Todo esto generó actos patológicos, repudiados por la ciudadanía, pero emergentes de una situación general. Actos que parecieran estar regulados por la siguiente lógica: si un grupo social o político mantiene su memoria a pesar de las operaciones de olvido ensayadas sobre él, se le roba el objeto del recuerdo (el cadáver de Rosas hace más de un siglo que no puede regresar al país, el de Evita estuvo varios años en el exterior, robado luego del golpe de 1955, los Montoneros "secuestraron" el cadáver del general Aramburu).

En otros países existen dispositivos relativamente estables de defensa y mantención de los mitos y ficciones unificadoras, aunque tarde o temprano reaparezca el dato olvidado, se desencadene una crisis en la cultura nacional y la sociedad se encamine hacia la elaboración de otro imaginario colectivo. En la Argentina hay una multiplicación de dispositivos diferentes y la batalla por la memoria articula a los debates sobre los más diversos temas.

3. Realidad y posibilidad en el discurso de Alfonsín

En los primeros meses del año 1983, predominaba en el discurso político una noción de "la realidad" basada en la *descripción de los efectos del Proceso militar*. Los datos de la crisis se asociaban al levantamiento de censura, al destape en su sentido amplio, al uso de la cifra o el acontecimiento como demostración de lo que los partidos "ya venían diciendo". Dominaba el tono de denuncia en la palabra del político, que desocultaba la realidad falseada o escondida por el gobierno. Era la descripción de un presente involuntario, regulado por la fuerza de las cosas.

El discurso de los partidos estaba básicamente dirigido a sus simpatizantes: el 30 de marzo vencía el plazo para realizar las afiliaciones partidarias con derecho a votar en las elecciones

internas que elevarían a los candidatos. La enunciación de hechos y la exhortación generalizada a construir la democracia hacía que la mayor parte de los discursos "dijeran lo mismo", con independencia de las diferencias partidarias.

Hacia abril se había llegado a una especie de tope discursivo. El día 27 de este mes, Raúl Alfonsín, que ya se perfilaba como ganador de la interna radical, denuncia ante el peronismo la existencia de un pacto militar-sindical.

A partir de ese momento la batalla discursiva realiza un *cambio de terreno*. Y también se torna más compleja la noción de realidad, que comienza a asociarse a la voluntad política y se va desprendiendo de las evidencias gobernables por la fuerza de las cosas.

En este punto, *el discurso de Alfonsín comienza a constituir su propio referente*.

a) La constitución del peronismo por el discurso de Alfonsín

Durante la campaña la denuncia del pacto fue repetida y ampliada desde nuevos ángulos de enfoque. Alfonsín fue construyendo su evidencia: como dijo en Córdoba el 12 de setiembre "yo no me voy a meter en esto de la fórmula Luder-Bittel. En cuanto a esos dos políticos argentinos, les deseo la mejor suerte del mundo en el campo personal, claro está, pero existe por supuesto una muy clara definición de este pacto militar-sindical, que se exterioriza día a día, que cada vez es más claro y que creo yo que a esta altura es público y notorio y que nadie duda de que exista".

Durante la campaña Alfonsín ubicó como sus interlocutores polémicos a los sectores del peronismo que estarían impulsando el pacto y evitó atacar o discutir directamente con el candidato presidencial del justicialismo.

Esto se repitió hasta tal punto, que su palabra definía quién era y quién no era un verdadero peronista: "...debemos tener cuidado de no utilizar la prédica de la calumnia, de la

infamia o de la insinceridad, del manípulo que desgraciadamente la nueva dirección del Partido Justicialista ha empezado a poner en marcha en contra de muy claros conceptos y preceptos, que desde el fondo de su propia historia le vienen, porque están traicionando al mismo general Perón cuando actuaron de esa manera". (17-9-83). La desconexión de la cúpula del pacto con la historia del peronismo, redefinía el conflicto político y ampliaba su capacidad interpelativa: "...es que hay mucha gente que me para en la calle, me habla en los actos y me dice: "Soy peronista, pero voy a votar por usted" y no deja de ser peronista, no está en juego Perón, no están en juego algunas cosas que quieren hacer prevalecer quienes no se han dado cuenta que la alternativa en la Argentina es distinta, que no estamos en una campaña electoral común, que estamos viendo si podemos sepultar esta pesadilla, cien o cincuenta años de decadencia en el país, para hacer cien años de prosperidad, este es el asunto" (1-9-83). En determinados momentos la denuncia al pacto iba acompañada por acusaciones del supuesto carácter fascista de la dirección de gran parte del sindicalismo, su comportamiento gansteril y otras acusaciones por el estilo, que se decían desde las tribunas pero que no eran trasladadas a la propaganda televisiva y gráfica del candidato radical.

Durante toda la campaña Alfonsín tuvo frente a sí a un movimiento peronista no recompuerto luego de la muerte de Perón en 1974 y de sus enfrentamientos internos de 1975 y 76.

Sin ningún método o procedimiento de resolución de su lucha interna y con el estímulo de cifras de afiliación muy altas, el peronismo presentó una pluralidad de voces disonantes y una interpelación destinada casi exclusivamente a los que se consideraba una mayoría ya constituida.

Su candidato electoral repetía que el peronismo mantendría su usual histórico de votantes, su propaganda gráfica se basaba en frases como "Las fantasías políticas terminan cuando empieza la realidad del peronismo", "Somos el partido más grande de Occidente", "Volvemos". Uno de los dirigentes

sindicales con mayor posibilidad de ocupar exitosamente la tribuna pública, el Secretario General de la CGT, Saúl Ubaldini, expresaba en un acto: "Nuestro único pacto es con ustedes" (8-10-83).

El peronismo apelaba, hablaba en nombre de la realidad y denunciaba al discurso de Alfonsín como retórica. Era la apuesta a una realidad ya constituida que se reflejaría en las urnas.

El peronismo quedó atado a esta apuesta mientras que Alfonsín lograba, en gran medida, constituirlo de otra manera frente a importantes franjas del electorado.

Durante la campaña el discurso del candidato justicialista ubicó a "los peronistas" en destinatarios efectivos de su discurso y a "los argentinos", predominantemente como auditores u oyentes de los mismos (Arfuch, L. 1984).

b) La memoria colectiva

Podríamos decir que desde el golpe de estado de 1955 hasta su retorno al gobierno en 1973, el peronismo ejerció una suerte de memoria ofensiva. La exclusión política se asociaba a la pérdida de derechos sociales y ciudadanos conquistados con su advenimiento en la década del 40.

La crisis del gobierno peronista luego de la muerte del Líder y el golpe de estado de 1976, dejaron al peronismo con la carga de un pasado inmediato no metabolizado. Es entonces cuando el discurso de Alfonsín recupere las banderas originarias del peronismo combinándola con una distancia crítica del peronismo de los años 70¹⁰.

¹⁰ El cine se combinó con el discurso político en este aspecto. Películas como "La República Perdida" y "No habrá más penas ni olvido", vistas masivamente, proponían visiones del pasado que, pese a sus posibles diferencias, tenían un denominador común: la reconstrucción de la crisis y la lucha interna en el peronismo de los años 70.

La operación exigía cierta alteración del propio perfil histórico del partido radical: "...después de Yrigoyen el peronismo sentó por primera vez al trabajador y al empresario a la misma mesa de negociación para discutir problemas de salario y condiciones de trabajo, produciendo un avance social que sacudió esquemas feudales en la Argentina. Fue entonces que algunas vinieron a nuestra tribuna a pelear contra Perón; pero no contra lo malo que traía Perón sino contra lo bueno que traía Perón y allí fue cuando se cruzaron las líneas de las mayorías argentinas".

O si no, en una afirmación más matizada:

"...en la década del 40, la UCR no interpretó la era industrial, y quien sí lo supo hacer fue el entonces Coronel Perón, quien, sin embargo, cometió el error de aceptar a algunos elementos autoritarios y corporativos en su movimiento" (8-10-83). De tal modo, Alfonsín proponía reunir a las "dos banderas de la democracia, que son la libertad y la justicia social".

Nos hemos extendido antes sobre el lugar estratégico de la referencia al pasado en el discurso político argentino. Como puede deducirse, esta operación discursiva de Alfonsín, proponía un origen común, las voces de los próceres que se plantearon la construcción de la nación hablaban a través de él. Y en esa medida permitía ubicar el pasado en el pasado y *asociar el pasado común a la innovación democrática y el pasado indigerido a la repetición de la situación de crisis*.

c) Repetición e innovación. El lugar de lo imposible

El candidato ganador en las elecciones del 30 de octubre construyó la opción entre la repetición y la apertura de una nueva etapa. Las metáforas sobre la Argentina que terminaba y la que estaba naciendo se sucedían haciéndose más precisas a medida que la campaña avanzaba. La propaganda hablaba de "Más que una salida electoral una entrada a la vida", las palabras "ahora", "arrancaremos", "nueva marcha", "nueva mayoría" se repetían en todo momento.

Este eje alcanzó su punto más expresivo y emotivo cuando en el acto de cierre de su campaña, Alfonsín comenzó, como el portador de la nueva buena, diciendo:

"Amigos de la Capital Federal, Argentinos: se acaba la corrupción, se acaba la Argentina del desamparo y llega la Argentina honesta que quiere a su gente. Se acaba la Argentina del hambre obrero, se acaba la Argentina de las fábricas muertas y viene la Argentina del trabajo y de la producción".

Detengámonos en este punto para retomar el hilo del análisis sobre el problema de la construcción de la realidad en el discurso político.

Quando Alfonsín denunció al pacto militar-sindical desplazó el referente del discurso de las evidencias empíricas de los destrozos causados en la nación por el gobierno militar a los procesos de formación del poder, a la acción política.

En ese momento la dirigencia peronista se mantiene en el terreno del primer referente: le pide a Alfonsín la prueba del pacto. Pero el referente ya estaba situado en la reflexión del discurso político sobre sí mismo, y allí decidía más la confiabilidad que las evidencias empíricas. Como hemos planteado estamos frente a una típica operación discursiva de constitución del adversario.

¿Existía un pacto militar-sindical?

Creemos que no, si por tal se entiende un acuerdo del que resultare un régimen político corporativo. Si existían otras cosas. Una historia del sindicalismo en que se ubicó en un juego de poder entre el mundo de los partidos y el de las Fuerzas Armadas, con penduleos tácticos y algunas alianzas puntuales en determinados momentos, cuestión esta que hace más a la lógica del crecimiento de su poder que a acuerdos ideológicos o a proyectos compartidos. También existían conexiones entre determinados dirigentes peronistas y sectores de derecha pertenecientes a las Fuerzas Armadas, quizás incubadas y fortalecidas en los años de enfrentamiento entre la guerrilla peronista y la derecha del movimiento. Y sobre todo, en la coyuntura,

lo que pesaba era la certeza de que el peronismo iba a ganar las elecciones, lo que llevaba a la dirigencia peronista a cierta cautela y la búsqueda de algunos puentes para realizar la transición de gobiernos. Paradójica imagen de un movimiento popular, que fue desalojado del gobierno siempre por golpes de estado y que había sufrido una dura represión en los años del Proceso militar.

El pacto militar-sindical colocaba al peronismo en el lugar de la repetición y por lo tanto, como los datos de la crisis nacional lo indicaban, en el lugar de lo imposible, de la Argentina inviable.

El éxito de la denuncia de Alfonsín en ciertas capas de la población no dejaba margen al peronismo: si el pacto existía, no había más nada que decir. Y si el pacto no era verosímil, su sólo intento colocaba a sus protagonistas tras objetivos imposibles: no había posibilidad de fórmula de gobernabilidad corporativa de la sociedad.

En este punto, la UCR logró ubicarse en el lugar de la oposición al gobierno militar.

Para esta operación fue importante la renovación del liderazgo interno del partido radical, la derrota de líneas y dirigentes con una complicada historia de relaciones con los militares y participación en golpes de estado.

El candidato justicialista buscó ser reconocido por Alfonsín como su rival natural, pero el candidato radical y su propaganda elegían a personajes más vulnerables. Luder denunciaba campañas de desprestigio contra el peronismo, tomaba la palabra sobre diversos temas y explicitaba (cuestión que más bien suscitaba sospechas) que no era un candidato condicionado o sujeto a las decisiones de la dirección sindical.

Como sujeto político ya constituido, sólo le faltaba reaparecer, y para ello el discurso funcionaba como espacio de recontacto de la mayoría peronista. Este peronismo llegó al final de la campaña como un boxeador golpeado, contra las

cuerdas, que trataba de aguaniar pues el triunfo por puntos estaba asegurado.

Pero Alfonsín no perdió la oportunidad del acto de cierre de su campaña para dar un golpe decisivo:

“Los más altos dirigentes justicialistas han dicho que las elecciones no la ganará ningún candidato, sino que las va a ganar Perón, así como el Cid Campeador venció muerto una batalla. Me pregunto, como se preguntarán millones de argentinos, entonces ¿quién va a gobernar a la Argentina? Y me lo pregunto, al igual que millones de argentinos, porque todos recordamos muy bien cuando murió Perón”.

Con un gran nosotros inclusivo, lanzaba una pregunta sin respuesta que orientaba hacia conclusiones que él mismo enseñada se encargó de explicitar: “La crisis de autoridad que se vivió al morir Perón abrió una disputa por el poder en la que predominaron la prepotencia y la violencia. Pero con la prepotencia y la violencia no hay gobierno posible para el pueblo argentino”.

A los dos días, en el mismo lugar de la ciudad, la televisión mostró, como un letal microscopio, lo que pasaba en el palco de autoridades del Partido Justicialista: la puja de los dirigentes por aparecer en lugares visibles por la concurrencia, al candidato a gobernador de la provincia de Buenos Aires intentando incendiar (intentando porque le faltaba el encendedor, prolongando patéticamente la escena) un cajón de muerto que simbolizaba al partido rival. La enorme concurrencia al acto no alcanzó a ver esta escena, escuchó el discurso entrecortado del candidato peronista sostenida en la memoria, en los contenidos contestatarios del peronismo histórico, mostrando a simple vista una base profundamente empobrecida desde el punto de vista económico.

Repetición, pasado, falta de garantías de gobernabilidad como atributos del peronismo frente a una población que reaparecía en las calles marcada por las luchas en el seno del movimiento popular de los años 70 y por la feroz represión del período del gobierno militar.

El voluntarismo del discurso de Alfonsín ganó adeptos en un país descreído de la política y con desconfianzas mutuas profundas. Para ello fue decisivo haber logrado situar al peronismo en el lugar de lo inviable, a lo que contrapuso un *verosímil de tenor liberal, en el que la ética como núcleo de la política hacía previsible la acción del otro y por lo tanto posible el logro de los objetivos*¹¹.

Su promesa electoral *se refería a sí misma, porque aludía a una realidad virtual. La "nueva mayoría", tejida en la transformación jurídica del acto ilocutorio exitoso del compromiso electoral, la constituiría en el futuro.*

d) La innovación y los programas electorales

La denuncia del pacto permitió sortear el tope discursivo en que se encontraba el radicalismo en abril de 1983, y que se expresaba en el estancamiento de la figura de Alfonsín en las encuestas que se estaban realizando.

Al desplazar el eje de articulación del discurso, pudo recuperar los temas programáticos que ante la opinión pública aparecían con muy poca diferencia entre un partido y otro. Los temas y reivindicaciones circulaban entre los diferentes partidos, pero desde hace tiempo sabemos que la referencia a algún hecho o cuestión de la realidad pueden adquirir diferente sentido, según sea el contexto discursivo en que se encuentre.

El radicalismo tuvo la iniciativa durante toda la campaña respecto del peronismo el que, por cierto, elaboró un conjunto de programáticas sectoriales atractivas (salud, cultura, deporte, relaciones exteriores, economía, etc.).

Pero el tratamiento propuesto para diversos aspectos de la realidad estaban fuertemente subordinados a la autorreferencia

¹¹ Ganó un candidato cuya imagen era más bien la de un antihéroe, que no vacilaba en interrumpir su discurso para solicitar un médico frente a la indisposición de algún concurrente a sus actos: frecuente metáfora del respeto por la vida del otro.

contenida en el discurso político, que remitía sobre todo a la confiabilidad y a alteraciones culturales de la idea de lo posible y lo deseable.

TERCERA PARTE

1. De las elecciones al sistema

El pasaje de una situación electoral a la complicada resolución democrática de la crisis, cuando los datos empíricos vuelven a asumir su contundencia desafiando la capacidad autorreferente de los discursos, cambia los términos en que se plantea nuestro tema.

En las líneas que siguen realizaremos algunas conjeturas sobre estos nuevos términos en que los discursos obtienen o pierden competencia comunicativa dentro de un sistema democrático ya funcionando y en relación a las lógicas de la acción social en situaciones de crisis. No se trata de analizar un material empírico como el que brinda la campaña electoral ni de realizar un examen de políticas en particular o de la gestión de gobierno. Nuestras preguntas se generan en relación a una coyuntura política determinada pero no intentan su descripción o análisis, sino construir ciertas problemáticas generales que ella contiene y que, por otra parte, pueden brindar posibilidades comparativas con procesos actuales de otros países del Cono Sur.

La soberanía popular, ejercida en el voto, es un principio de legitimación de las instituciones, pero no es de por sí un principio de organización (Lechner, N., 1984). El sistema político no puede ser simétrico, por otra parte, a su ambiente social. La democratización plantea el problema de *cómo* se gobierna.

En el colapso del régimen autoritario, la democracia fue la gran demanda política de la sociedad argentina, ahora el problema es *cómo* se convierte también en un sistema que interactúa, filtra, jerarquiza, promueve, se sincroniza con el abanico

de reclamos particulares y contradictorios de la sociedad. Y la demanda por la democracia se mantiene, elaborándose, generando una cotidiana legitimidad a los procedimientos de la representación política.

La actual transición tiene una particular ambivalencia: es una vuelta a la ley y, a la vez, la creación de un espacio institucional nuevo, no preexistente. Es una vuelta a la ley porque se reactualizan puntos de referencia históricos fundamentales como los de las libertades civiles de la Constitución de 1853, la ley Sáenz Peña, los derechos sociales y la ampliación de la ciudadanía llevada a cabo en la década del '40 (voto femenino y de los extranjeros). Pero es un acto que no corrige o mejora al régimen anterior sino que lo reemplaza.

La sociedad democrática no es un presupuesto, no es un dato, es un problema. Estamos en el núcleo mismo de un viejo problema de la teoría política, sobre todo la de sesgo contractualista: ¿cuáles son las condiciones de posibilidad de la sociedad?

La vuelta al "estado de derecho" instaura una serie de procedimientos y de reglas. Pero su misma supervivencia depende de que se conviertan en matriz de nuevas decisiones, de su propia transformación. Y no sólo en el sentido de su actualización. La política pública, la interpretación de las leyes existentes, la creación de otras nuevas abren el espacio para la innovación, en el que la política se constituye en la tensión entre el ejercicio de procedimientos comunes y la realización (hasta por omisión) de opciones valorativas que arbitran conflictos y definen tiempos y prioridades.

El procedimiento democrático redefine los términos de lo posible para la sociedad, pero no sólo por la eventual eficacia del sistema para alcanzar ciertas metas descadas, sino porque supone ciertas formas de la acción política y no otras.

2. El realismo en las lógicas de la acción social

2.1. La campaña electoral dejó entre otros saldos, una particular situación en el campo discursivo. La democracia, como reclamo de la sociedad frente al régimen autoritario, cruzó el discurso de la inmensa mayoría de partidos y grupos políticos. Obviamente, el reclamo común redefinía su sentido dentro de perspectivas doctrinarias, de mentalidades, de estilos políticos diferentes. Sin embargo, la inmensa mayoría de la sociedad se definió a favor de un conjunto de reglas mínimas de funcionamiento institucional.

Reglas mínimas, porque siguen vigente en el tejido íntimo de la sociedad procedimientos y micro estrategias de diferente orden, no sólo por la diversidad que permite el pluralismo político, sino por la existencia de culturas políticas yuxtapuestas y hasta contradictorias en un mismo grupo social o persona. Una pesada herencia cultural de comportamientos sectoriales cuya lógica es maximizar beneficios con una visión totalmente instrumental de los procedimientos comunes, en los que el otro también adquiere sus derechos. Una progresiva e insensible interiorización de pautas de comportamiento autoritarias, provenientes del modelo estatal en los períodos no constitucionales. Todo esto sigue presente, tiene su inercia en el marco de una gran crisis; pero las culturas políticas tienen elementos que ocupan diferentes posicionalidades y funciones en un momento histórico dado. El reconocimiento de los procedimientos democráticos como medio deseado de inclusión de la sociedad en la decisión pública es, en este cuadro, un elemento emergente con posibilidades de ir adquiriendo un carácter dominante.

En el plano discursivo esto se manifiesta en que *la temática democrática adquiere competencia argumentativa*.

Ducrot plantea que "...si se admite un acto ilocutorio de argumentación, este acto consiste en imponer al destinatario una determinada conclusión como la única dirección en la que el diálogo puede continuar (el valor argumentativo de un

enunciado es, de este modo, una especie de obligación relativa a la manera en que el discurso debe ser continuado)" (Ducrot, O., 1982, p. 251).

Las reglas de la democracia imponen una problemática, premisas, preguntas que condicionan la constitución del discurso político en sus esconas más características: el Parlamento, la tribuna, el debate televisivo.

La palabra política, además, tiene sus propios recursos para intentar mantener la vigencia del contrato democrático preelectoral. Básicamente:

a) la apelación a su *legitimidad de origen*, definida frente al autoritarismo, y que se recrea permanentemente ante la fragilidad del sistema democrático, condicionado por fuertes presiones de diferentes subsistemas con los que está cruzado: el financiero internacional, las Fuerzas Armadas, sectores sociales con mayor poder de crear situaciones de hecho y restar gobernabilidad a las instituciones.

b) la *tematización y la destematización* de los hechos sociales. La hegemonía política tiene su clave en el éxito de uno o varios sectores sociales para definir el temario público de la sociedad. Un hecho no es de por sí un tema, hay que constituirlo como tal, y para ello se entablan fuertes conflictos en el plano discursivo y cultural. A tal punto que la hegemonía se define por lo que se excluye del temario público, por lo que no alcanza a constituirse como pregunta y problema de la sociedad. En este sentido, tematizar es dar realidad a un hecho.

c) *la política como constitución del tiempo social*. Un compromiso electoral que ha logrado efectuar el contrato intersubjetivo inherente a los actos de habla, supone la instauración de una nueva dimensión temporal. Su mantención es decisiva, pero debe enfrentarse al hecho de que el tiempo simultáneo en el que se presentan las plataformas electorales es imposible desde el punto de vista del gobierno de la sociedad, en la que no existe un tiempo único, que sería usado de diversas maneras por los sectores sociales.

Dar tiempo a un gobierno es situarse en su propio tiempo, que cada sector social resigne el suyo. De allí que decir que el tiempo es un recurso escaso no alude sólo a las urgencias cronológicas de una sociedad deteriorada, sino a que no hay margen para muchos tiempos diferentes.

Si hacer política es generar y estructurar el tiempo, el realismo político puede ser entonces concebido como una "cuestión de tiempo" (Lechner, N., 1984). Desde el estado, el político debe darle un orden temporal a las cuestiones y, en ese sentido, optar. Pero simultáneamente debe dar garantías a los postergados: mantener el tiempo intersubjetivo que constituye su relación con ellos.

En el caso del tránsito de una situación electoral al gobierno de la sociedad, la acción de gobierno puede ser destematizada como cuestión pública apelando a la racionalidad técnica, a la autonomía de los procedimientos y, en el caso de regímenes autoritarios, invocando preferentemente a la "razón del estado".

Pero también puede ser tematizada bajo la forma clásica del cumplimiento o no de las promesas preelectorales, más propia de las oposiciones. O con la introducción de la noción de realismo político que funciona protegiendo la confiabilidad y el valor autoreferente que adquirió el discurso en la situación electoral.

2.2. El discurso político utiliza entonces a la legitimidad de origen, a la tematización y la destematización y a diversas construcciones de los tiempos de la política, en un esfuerzo precario, siempre vulnerable y sin garantías para mantenerse como continente del sentido de la acción social, que por cierto no se agota en el fundamental acto de votar.

La adhesión electoral no supone que su discurso siga funcionando como una especie de código, que los individuos ejercitarían para producir respuestas ante cada circunstancias que debe enfrentar, como una infinita deducción sostenida en el voluntarismo ético o doctrinario.

Los términos contractuales en que se plantean las actuales salidas de regímenes autoritarios en el Cono Sur, hacen necesario considerar ciertas lógicas de la acción social, que pueden constituirse en relación al discurso político, así como interrumpirlo y obligarle a remodelarse a riesgo de convertirse en palabra vacía. Introduciremos a tal efecto la noción de *intercambio político*.

En todo pacto político democrático se pone en funcionamiento una suerte de doble lógica. Por una parte, la del *cálculo del intercambio* de los diversos bienes entre los distintos sectores sociales. Y por la otra, la de la interiorización subjetiva de determinado *bien de autoridad*. Esto es, de las reglas comunes que deben regular el intercambio de esos bienes. Supone la aceptación, por parte de los diferentes sectores sociales, de ciertas instituciones y leyes como marco legítimo de resolución de sus conflictos. Pone a prueba la capacidad de evaluar el bien común o de grupo como un bien diferente a los otros, en tanto concierne a las *identidades políticas y sociales*, que no son una dimensión calculable como las otras. "El intercambio político es un sistema de acción colectiva en el cual los diferentes protagonistas ponen en juego el sentido de su acción, en una lógica de reciprocidad de la cual puede salir confirmada, redimensionada o desmentida la propia identidad" (Gian Enrico Rusconi, 1981).

El bien de autoridad es *interno* al intercambio, define sus reglas y funciona discursivamente como el tercero simbolizante al que hemos hecho referencia anteriormente.

En una situación de crisis, en la que el sistema político es un referente débil en el intercambio, la noción de bien común (y hasta la de su conveniencia para el interés individual) es reemplazada por el cálculo sectorial de corto plazo. La sociedad muestra entonces graves fallas en su integración social, que pueden constituirse en un obstáculo para la construcción de un sistema democrático.

Sin embargo, cabría distinguir dos componentes diferentes dentro de este comportamiento sectorial aparentemente homo-

géneo que se presenta en una sociedad que atraviesa tal situación.

Por un lado, el comportamiento sectorial que no toma en cuenta o valora sólo instrumentalmente a las reglas generales del sistema democrático y de la unidad nacional. Visión que se asocia a los mitos de origen del sector en cuestión, épocas pasadas de "pujanza material" o de "superioridad moral", que se hacen coincidir con el origen mismo del país.

Por otro lado, el de las racionalidades defensivas de ciertos sectores sociales frente a circunstancias difíciles o adversas. En este caso estamos en presencia de usos del lenguaje, de los conocimientos y destrezas, del sentido común. Una determinada acción es polivalente, no se deriva o está asociada necesariamente a concepciones generales o proyectos políticos no democráticos. El "realismo" en la vida cotidiana a veces pide tiempo a las normas generales, o nuevas formas de su ejercicio o, directamente, nuevas reglas de juego.

Cierta visión liberal suele confundir las reglas generales con determinadas formas de su ejercicio, dejando en el campo de la "irracionalidad" a una infinita gama de comportamientos que no son más que estrategias de supervivencia de los sectores más damnificados socialmente. Pero la racionalidad y las estrategias de la acción se definen dentro de los términos concretos en que se plantean los dilemas, interviniendo decisivamente en su construcción la noción de tiempo, las evidencias sobre el comportamiento de los otros sectores y su posible curso futuro.

Por ello, la construcción del sistema democrático como un bien de autoridad que articule a la nación, remite a las complejas lógicas del intercambio en situaciones de crisis. Es por *dentro* de ellas que la palabra de la democracia, con sus recursos, puede ir constituyéndose en el horizonte de sentido general de la acción.

En este proceso no sólo cuenta la legitimidad de origen del sistema: su emergencia en contraposición al autoritarismo; es necesario también adquirir la legitimidad de sus *rendimientos* para los diferentes intereses sociales.

La legitimidad de origen contiene la referencia a las restricciones, a las imposibilidades que genera el autoritarismo y, en ese sentido, es un componente permanente de las culturas políticas democráticas. Pero pareciera ser que otro imperativo del realismo es el de combinación con un rendimiento adecuado de las políticas públicas.

La cuestión parece obvia, pero encierra algunas complejidades. Cuando hablamos de rendimiento no aplaudimos a un concepto tecnocrático de eficiencia, aunque la situación en que quedan generalmente los aparatos estatales luego de las experiencias autoritarias y las crisis largas plantean en un plano destacado la necesidad de reformas administrativas, el conocimiento y la destreza para la gestión de gobierno, etc. Más bien nos referimos a la eficiencia de la *decisión y la intervención política* en tanto gestoras del *poder político de la democracia*, en una situación económico-social de recursos escasos e intereses contrapuestos. Si el discurso democrático queda arrinconado en su legitimidad de origen ante sus dificultades o fallas de rendimientos, él mismo construye, con poco "realismo", sus puntos frágiles. Por ejemplo:

a) la confusión entre el régimen institucional y el gobierno asumido por determinado partido o coaliciones de partidos. La falla de rendimiento del gobierno puede ser semantizada desde otros discursos como problemas de la misma democracia.

b) la inhibición de su intervención en los conflictos de la sociedad y la mantención de un discurso de tono preelectoral que deja el curso de los acontecimientos a favor de los intereses y subsistemas con más capacidad de producir situaciones de hecho.

c) y el siguiente círculo vicioso que obstruye el intercambio y el pacto político: la exclusiva apelación a la legitimidad de origen retrotrae a la democracia a su estado de demanda general de la sociedad, recargando a la política y al sistema ya instalado de una yuxtaposición de expectativas y de imposibles tiempos únicos para la resolución de los problemas. El efecto,

de ello no puede ser sino posteriores decepciones que debilitan al sistema como bien de autoridad.

Este último elemento nos remite a una cuestión fundamental de los ciclos políticos que abren las actuales democrati-zaciones de países del Cono Sur. La pregunta sobre lo posible y lo imposible cambia de terreno, ya no se sitúa tanto como en las décadas anteriores en el plano de los objetivos generales, sino en el de qué se puede esperar de la política. Tema asociado a una consideración de los cambios en las culturas políticas de estos países que queda fuera del alcance de estas líneas.

3. Lo imposible del discurso

La concepción contractual del tránsito a la democracia remite a nociones como concertación, diálogo y pacto. Hemos visto que el mismo lenguaje puede ser pensado en términos contractuales. Y en este sentido nos referimos a los conflictos por la constitución de la palabra autorizada, de las posiciones simbólicas de poder, de la credibilidad, la confianza y el tiempo intersubjetivo de la política.

El discurso se revela en la *tensión* entre sus condiciones extra e intra discursivas y sus efectos en el plano de la constitución de las identidades políticas, de los bienes de autoridad, del cálculo de beneficios: allí donde la política se nos muestra en su carácter de conflicto por el sentido del orden social.

Durante algunos años, el análisis de ideologías, la sociología del conocimiento y otros enfoques más refinados hicieron del análisis del discurso una búsqueda de las marcas intradiscursivas de sus condiciones sociales de producción. El lenguaje quedaba así reducido a sus funciones expresivas de entidades ya constituidas, cuando no ontologizadas: la sustancia clase, nación, estado, mercado (Landi, O., 1981). El discurso venía a ponerle palabras a lo que ya existía o a ocultarlo.

El descubrimiento de sus efectos, llevó luego a la tentación semiológica. Un discurso remitía siempre a otro, del que

derivaba o al que se le oponía. Cada configuración discursiva era remitible a un código mayor que funcionaba como garantía de la comunicación. El sujeto semiótico reemplazó al natural del mercado o de las relaciones de producción. Así, el sustancialismo sobrevivió.

Por ello no es aconsejable la búsqueda de un término medio respecto de lo que, en realidad, son dos variantes de una misma problemática.

Las formaciones discursivas hegemónicas, con competencia argumentativa e interpelativa, se generan mediante una serie de operaciones de constitución discursiva del adversario, desarticulación de su discurso, capacidad de definir las preguntas de la sociedad y su temario público. Todo discurso positivo sobre la sociedad basa su posible eficacia en la destematización y la exclusión de otras problemáticas. Y aquí lo que le es imposible, consiste en ofrecer un sistema total de garantías de que lo excluido se mantenga como tal, y no fracture nunca el imaginario social que cohesiona la sociedad en un momento dado.

En un sentido filosófico, que el discurso no esté garantizado por un infinito despliegue de códigos que lo sostendrían, no confirma la idea de que es expresión o reflejo (verdadero o falso) de alguna entidad positiva de la "realidad". Más bien indica la carencia de ser, el descentramiento desde y en el que se constituye la existencia humana. Esto es, la dimensión real no simbolizada, la verdadera imposibilidad del lenguaje.

BIBLIOGRAFIA

- ARFUCH, Leonor (1984). "Análisis del discurso político: lugares de enunciación en la campaña electoral '83". *Mimeo*.
- AUSTIN, J. L. (1982). *Como hacer cosas con palabras*. Buenos Aires, Paidós.
- BARTHES, Roland (1970). "El efecto de la realidad", en *Lo verosímil*. Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.
- BENVENISTE, Emile (1978). *Problemas de lingüística general*. Madrid, Siglo XXI.
- BORRINI, Alberto (1984). *Cómo se hace un presidente*. Buenos Aires, El Cronista Comercial.
- BOURDIEU, Pierre (1982). "Le langage autorisé: les conditions sociales de l'efficacité du discours rituel", en *Ce que parler veut dire*. París, Fayard.
- CACCIARI, Massimo (1981). "Progetto", *Laboratorio Politico*, Torino, 2/81.
- CHERESKY, Isidoro (1984). "Les partis politiques argentins a travers la campagne électorale d'octobre 1983". *Mimeo*.
- CICERCHIA, Ricardo (1984). "Aspectos de la historiografía sobre las clases populares en la Argentina". *Mimeo*.
- DUCROT, Oswald (1982). *Decir y no decir*. Barcelona, Anagrama.
- DUCROT, Oswald (1984). *El decir y lo dicho*. Buenos Aires, Hachette.
- DUSO, G. y BRANDALISE, A. (1982). "Linguaggio del contratto e politicità del linguaggio", *Laboratorio Politico*, Torino, 4/82.
- ECO, Humberto (1981). *Lector in fabula*. Barcelona, Lumen.
- FOUCAULT, Michel (1980). *El orden del discurso*. Barcelona, Tusquest.
- GREIMAS, Julien (1983). "Le contrat de véridiction", en *Du sens II*. París, Seuil.
- HABERMAS, J. (1973). "Osservazioni propedeutiche per una teoria della competenza comunicativa", en *Teoria della società o tecnologia sociale*. Milano, Etas Kompass.
- HABERMAS, J. (1982). *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona, Gili.
- HAJME, H. y MARTINIAN, G. (1984). "La publicidad política '83". FUNDEMA. *Mimeo*.
- INDEC (1984). *La pobreza en la Argentina*. Buenos Aires.
- JAUSS, H. (1978). *Per une estétique de la réception*. París, Gallimard.
- KHAVISSE, M. y ASPIAZU, D. (1983). "La estructura de los mercados y la desindustrialización en la Argentina, 1976-1981". Buenos Aires, IPAL.

- LACAN, J. (1971). "El tiempo lógico y el aserto de la oscuridad", en *Lecturas estructuralistas de Freud*. Madrid, Siglo XXI.
- LANDI, Oscar (1981). "Sobre lenguajes, identidades y ciudadanía políticas", en *Estado y política en América Latina*. México, Siglo XXI.
- LANDI, Oscar (1982). "Conjeturas políticas sobre la Argentina post-Malvinas", *Revista Mexicana de Sociología*, 4/82.
- LANDI, Oscar (1983). "Cultura política en la transición democrática", *Crítica y Utopía*, Buenos Aires, 10/11.
- LANDOWSKI, Eric (1982). "La parole efficace. Pour une approche sémiotique du discours politique". XII Congrès de l'A.I.S.P. *Nîmes*.
- LECHNER, Norbert (1982). "El consenso como estrategia y como utopía", en *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*. Santiago de Chile, FLACSO.
- LECHNER, Norbert (1984). *El realismo político - Una cuestión de tiempo*. Santiago de Chile, FLACSO.
- LOZANO, J., FENSA-MARÍN, C. y ABRIL, G. (1982). *Análisis del discurso*. Madrid, Ctedra.
- QUERE, Louis (1982). *Des miroirs équivoques*. Paris, Aubier.
- RECANATI, François (1982). *La transparence y la émancipation*. Buenos Aires, Hachette.
- RUSCONI, Gian (1981). "Scambio político", en *Laboratorio Político*. Torino, 2/81.
- STRAWSON, Peter (1983). *Ensayos lógico-lingüísticos*. Madrid, Tecnos.
- VECA, Salvatore (1981). "Identità e azione collettiva", *Materiali filosofici*, Milano, 6/81.
- WITTGENSTEIN, L. (1976). *Philosophical investigations*. Oxford, Blackwell.